

PROYECTOS EN LA CIUDAD QUE NO EXISTE (TODAVIA)

Fernando Álvarez - *Departament de Composició Arquitectònica*

Comentar varios años de trabajo docente en este tribunal sin incurrir en la mirada complaciente ni en el recetario (ni, mucho menos, en la disculpa) es la mayor dificultad de estos escritos que acompañan una selección de Proyectos final de carrera. Los jóvenes arquitectos autores de estos trabajos se han centrado en distintas preocupaciones: la flexibilidad, el movimiento, la continuidad, la tecnología, la ecología, el usuario, la idea de límite o de lugar. Esos intereses se han plasmado en proyectos de estaciones intermodales, viviendas transformables o apilables, formas de urbanización del territorio, parques hortícolas, centros agroambientales, observatorios, mezquitas, circos, equipamientos para la formación, reformas de espacios universitarios, en general programas y títulos muy diferentes.

Siguiendo la orientación de la Línea, esta variedad de intenciones ha sido condicionada por los lugares elegidos para los distintos emplazamientos, por lo general espacios vecinos a vías de comunicación, entornos conflictivos, lugares poco connotados por construcciones preexistentes, paisajes predominantemente horizontales y vertiginosos. En el caso particular del Baix Llobregat, agregaría que el trabajo de este tribunal y del aula fin de línea dirigido por Soldevila se ha enfrentado, creo que más implícita que explícitamente, a un histórico déficit de teorización y de mecanismos de planeamiento urbano que miraron a ese territorio –basta analizar PGM de 1976- por encima de sus hombros barceloneses y por dentro de sus bolsillos sin patria. La aparente limitación autoimpuesta, producto de este esfuerzo por situar proyectos en ese marco conflictivo, natural a medias, agrícola a medias, surcado por vías de comunicación jamás planificadas, escenario de grafiteros y road-movies, creador de estereotipos sociológicos de escaso prestigio que solo satisfacen a cierta cultureta nacional, hábitat de una sociedad que sólo es estadística de crecimiento poblacional, ha transformado a estos proyectos en un importante instrumento colectivo de reflexión, otorgándole a este territorio una nueva entidad. La casi permanente participación de Jaume Vendrell y Ramón Torra, arquitectos de la AMB, como invitados a este tribunal ha verificado esas intenciones, animando las opciones más comprometidas.

Muchos trabajos realizados dentro de esta Línea comparten algunos rasgos de tipo técnico o formal, algo natural y difícil de evitar en un proceso de esta naturaleza. La mayoría de ellos asumen en sus formas una fuerte componente horizontal, un dominio de la longitud sobre la latitud que cuestiona cualquier tipo de aproximación clásica a la idea de fachada, de aproximación al edificio y por otro lado, redescubren el valor de otros planos, como el de la cubierta, o se interrogan sobre el problema estructural. En este último sentido, las precisas intervenciones de los profesores Mañá o Labastida se han colocado siempre del lado de las miradas más frescas y menos dogmáticas de los proyectos. Pese a la importancia indudable de los aspectos más técnicos, lo que ha importado es la dosis de observación, de curiosidad y de apertura con que estos proyectos han procurado buscar una respuesta a la realidad convocando otra diferente, y porque no, mejor. Contra una permanente actitud de conquista de la tabula rasa, hecha a base a parches urbanísticos de inmobiliaria, allí están las propuestas de dispositivos de transición orgánica entre la ciudad existente y el territorio; contra la invisibilidad del trabajo industrial, artesano o agrícola provocada por la nueva economía, allí están los espacios de encuentro y los nuevos lugares de producción y de mercado; contra los eriales arquitectónicos o naturales, allí están las intervenciones que activan el paisaje sin que queden reversos vergonzantes. Aunque parezca resonar la música de Broadacre o la de los desurbanistas rusos, sólo recuerdo referencias “más realistas” –o debería decir neorrealistas- al último Le Corbusier, a Niemeyer, a Vilanova Artigas o al Tema X, que parecían clamar por nuevas maneras de gestionar el territorio, la naturaleza y la ciudad en un futuro inmediato. Como muchas reflexiones de este tipo, siempre cabe el temor a haber llegado demasiado tarde o que éste no sea ya el lugar; en todo caso, valió la pena participar, como se dice cuando se pierde un concurso. En definitiva, no todo es metal, hormigón, policarbonato, cristal, caucho reciclado o taludes de tierra en estos proyectos; ese trabajo tiene otra implicación que Alfons Soldevila ha dejado clara en su práctica, una reflexión sobre lo que es necesario y honesto,

sobre lo que es bueno porque transforma y mejora, sobre lo que comunica porque expresa valores, en definitiva, sobre la verdadera naturaleza de este oficio.

Una experiencia de este tipo no abarca sólo a los mejores proyectos –los que se exponen en este libro y que nos hacen gozar de este trabajo- sino que pasa por momentos difíciles enfrentando trabajos que no alcanzan el nivel deseado en el final de la carrera porque nos revela las debilidades de nuestro sistema. Ello se manifiesta de muchas formas, desde la sorprendente incapacidad para explicar ordenada y fluidamente un proyecto propio o para ajustar los objetivos del proyecto a los conceptos que este ha pretendido abordar hasta su definición formal al margen de las modas o de los barnices estéticos que abundan en las presentaciones, etc. Entre medio, muchas cosas más, que muestran que todavía hay mucho para hacer. Personalmente, no tengo ninguna nostalgia de una escuela anterior (salvo el hecho de que era más joven entonces), más bien al contrario, creo que ahora hay un mayor desarrollo de todas las disciplinas que enseñamos y una mayor preparación por parte del profesorado que antes y que esto no terminará con nosotros. Pero una continua exhibición de evidencias, de demostraciones parciales o de normativas sin un trabajo de integración y síntesis, sin observación crítica de casos, sin intercambio de ideas entre estudiantes y profesores que haga efectiva la tan llevada y traída evaluación continuada, no constituye necesariamente un buen modelo. Al margen de lo que nos haga hacer Bologna, eso exige otro tipo de compromiso que no tiene que ver con las estadísticas o la contabilidad. John Dewey, afirmaba que la escuela no es una mera preparación para la vida sino la vida misma y que cada momento contiene una gran potencialidad de aprendizaje y como tal, no puede constituirse en un paso más de una larga demora. Este último acto del proyecto final de carrera se puede y debe mejorar, con más tiempo y con mejores espacios, con planteamientos claros -y creo que en ese sentido este tribunal puede estar satisfecho de haber hecho lo posible- pero eso no bastará si los pasos previos no son un continuo ejercicio de responsabilidad respecto de lo que la arquitectura es hoy y pueda ser en el futuro.